

## **Bolsonaro, Brasil y el Mundo: “...La Alegría no es solo Brasileña (No mi amor).**

El candidato “antisistema” logró un triunfo contundente en la primera vuelta que lo pone a las puertas de ganar la Presidencia del Brasil en el ballotage, analizar este resultado desde el prisma ideológico “derecha-izquierda” no parece suficiente para abarcar la complejidad del fenómeno así como también es simplista pensarlo solo como local...



El pasado Domingo se realizó la primera vuelta electoral en Brasil, hasta el viernes anterior a la elección encuestas y analistas hablaban de una ajustada diferencia en favor del candidato conservador-liberal Jair Bolsonaro frente al delfín de Lula Fernando Haddad. Sin embargo, durante el fin de semana hubo fuertes rumores que daban cuenta, incluso, de un posible triunfo en primera vuelta de Bolsonaro.

Finalmente ese escenario no se dió porque en Brasil para ganar en primera vuelta es necesario contar con el 51% de los votos, (si la elección se hubiese dado con las reglas Argentinas, Bolsonaro hoy sería Presidente electo del vecino país) y el candidato del PSL obtuvo el 46% mientras que su competidor Fernando Haddad del PT se quedó con el 29,7%, en lo que fue la peor elección en primera vuelta desde 2002 para el partido que gobernó Brasil por casi cuatro mandatos presidenciales.

Desde la elección que Lula le ganó al PSDB en 2002 no se daba en Brasil una diferencia tan amplia entre primero y segundo, de hecho si a los votos obtenidos por Haddad sumamos los obtenidos por Ciro Gomes, quién ya manifestó su apoyo al candidato del PT para la segunda vuelta, llegaría al 43,74%, más de dos puntos porcentuales menos de los obtenidos por Bolsonaro en la primera vuelta.

Año	Partido	1ra vuelta	2da vuelta
2002	PT - Lula	46,4	61,3
	PSDB	23,2	38
2006	PT - Lula	48,6	60,8
	PSDB	41,6	39,2
2010	PT - Dilma	46,91	56,5
	PSDB	32,61	43,95
2014	PT - Dilma	41,6	51,6
	PSDB	33,5	48,3
2018	PSL - Bolsonaro	46,03	
	PT - Haddad	29,3	

El resultado fue contundente y dejó a este ex militar liberal en lo económico y extremadamente conservador desde los político a las puertas de un triunfo en segunda vuelta a finales de octubre que lo consagre como Presidente del Brasil.

Bolsonaro se ha manifestado en declaraciones públicas racista, homofóbico, misógino y contrario al mecanismo democrático, y sin ocultar nada de este perfil se alzó con casi la mitad de los votos.

En lo económico, su posición de extremo liberalismo lo ha llevado a plantear la necesidad de privatizar la empresa emblemática del Estado brasileño, Petrobras. Al mismo tiempo ha puesto en discusión las alianzas económicas y comerciales que hoy tiene el vecino país, de hecho hace poco tiempo planteó que uno de sus primeros viajes como Presidente será a Taiwan, principal enemigo de uno de los aliados comerciales más importantes de Brasil hoy: China.

Sus convicciones de liberalismo y no intervención del Estado, totalmente diferentes a las enarboladas por el PT, han generado cierto apoyo en los mercados, reflejado en la apreciación del Real y el alza de la Bolsa de Brasil del lunes posterior a las elecciones.

Si embargo no podríamos decir que el voto de Bolsonaro es el voto de la derecha brasilera, sería una conclusión demasiado simplista, dado que en todos los sectores el candidato a recibido votos.

Si lo miramos geográficamente, el candidato del PSL ganó en estados como Amazonas y Mato Grosso en los cuales hay muchos habitantes de pueblos originarios, minoría altamente despreciada por Bolsonaro en su discurso.

Como ha pasado en otros lugares del mundo el espectro izquierda-derecha ya no alcanza para explicar el resultado, la mirada debe ir más allá y tener en cuenta que son extremadamente pocos los votantes que incorporan el criterio ideológico en su decisión.

Así como tampoco se puede analizar la situación ni las posiciones de Bolsonaro con la mirada Argentina dado que existen parámetros culturales e históricos que configuran una idiosincrasia diferente allí. Un candidato que, por ejemplo, reivindicue la dictadura militar difícilmente sería exitoso en la Argentina, pero en el Brasil esa posición no hace tanto ruido dado que la mirada sobre los militares es mucho más benevolente.

La explicación parece estar más vinculada a una mezcla de factores tanto endógenos como exógenos que han generado una situación de incertidumbre, descrédito en los actores políticos tradicionales y falta de confianza en las instituciones que ha dado lugar al surgimiento triunfal de un outsider con un discurso que podría ser considerado prácticamente como antisistema y que en sus diferentes aristas se acerca a cada uno de los públicos.

Probablemente pocos electores coincidan con todo lo que Bolsonaro dice, pero muchísimos se identifican con algunos de sus enunciados ya sea por bronca, por miedo, por desconfianza, por hartazgo o por mero resentimiento.

En lo endógeno Brasil está sintiendo los efectos de una profunda crisis económica que lo mantuvo en recesión desde 2015 hasta 2017, con un desempleo que ha crecido en los últimos meses y está en 13,1% de la población económicamente activa y con un altísimo nivel de informalidad laboral. Al mismo tiempo, si bien se está saliendo de la recesión también es cierto que el crecimiento de este año será menor del esperado.

A la crisis económica hay que sumarle una gran crisis política que le costó la Presidencia a Dilma Roussef y la cárcel al Ex-Presidente Lula Da Silva, por estar vinculados a escándalos de corrupción que involucraron a un amplio espectro de la dirigencia política y empresaria del país, en el caso Lava Jato.

Claramente el nivel de credibilidad de las instituciones y los actores políticos tradicionales pasa por su peor momento y la falta de dirigentes confiables, capaces de articular un mensaje cercano a la sociedad y esperanzador se hace sentir y genera una alta incertidumbre en una población que necesita por un lado certezas respecto del final de la crisis económica y confiar, por el otro, en que la corrupción está pasando a ser cosa del pasado en Brasil.

Sin embargo este análisis sería incompleto si no incorporamos elementos que se están dando a nivel global y que no hacen sino magnificar esta situación generada por el contexto local.

No es posible analizar el fenómeno Bolsonaro sin tener en cuenta lo sucedido con Trump en Estados Unidos, Macron en Francia, Lopez Obrador en México o los buenos desempeños

electorales de la ultraderecha en muchos lugares de Europa como Francia, Polonia, Hungría y Alemania.

Estos son los elementos más recientes que podemos enumerar pero también podemos hablar de las dificultades de España para formar gobierno, del Brexit en Inglaterra o del no al acuerdo de paz en Colombia.

Los ejemplos sobran y son de todos los colores ideológicos, por eso decimos que más que a factores ideológicos parecen vinculados a una profunda crisis de representatividad de las estructuras tradicionales, que no pueden o no saben re-convertirse en canales válidos que articulen las demandas de sociedades cada vez más complejas y diversas.

Dice el politólogo catalán Joan Subirats en su libro “El poder de lo próximo” (Ed. Catarata, 2016) que **“...Hay que retener que eso que algunos llamaron “segunda modernidad” (Ulrich Beck) parece caracterizarse por un claro refuerzo de la autonomía personal que contrastaría con lógicas anteriores claramente más colectivas. Más significación del consumo que del trabajo en las conformaciones de la identidad (Richard Sennett). Más incertidumbre y vulnerabilidad que antes. Más situaciones Líquidas (Zygmunt Bauman)...”**, y, ante estas condiciones, continúa **“...La política se está descapitalizando y esto repercute en la legitimidad de sus instituciones y actuaciones...”**.

Las herramientas con que cuenta el sistema político tradicional no son suficientes para comprender un mundo que no se parece ni por asomo al de hace 15 o 20 años, y esto genera una distancia muy amplia entre representantes y representados que se refleja en una alta incertidumbre que, a su vez, abre las puertas a alternativas que se vuelven tentadoras no por cosechar apoyo pleno sino por un discurso rupturista con el status quo y lo suficientemente abarcativo como para conformar por partes a la gran mayoría.

Bolsonaro, Trump y tantos otros ejemplos son la excusa que encuentra la sociedad para decirle que NO al sistema político tradicional, y la alternativa “menos mala” de acuerdo a las preferencias de actores que sienten que los canales tradicionales han fracasado.

La duda que queda por dilucidar es hasta donde son capaces de llegar estos actores “antisistema” una vez incorporados al sistema y cuales son los límites que encuentran sobre todo en contextos de alta debilidad institucional como el de los países sudamericanos.

**Lic. Manuel Font**